

fin que la inteligencia se propone. Me diréis que esos movimientos, á pesar de su indescriptible variedad, no son más que transformaciones de calor en trabajo mecánico sometidas al rigor de una ecuación matemática. Mas esto no quita el que dependa de mí, de mi razón, de mi voluntad, de mi capricho el provocar esta transformación, el medir su cantidad, el suspenderla, moderarla, servirme de ella como de una cosa mía, casi como de mi voluntad misma.

Hallámonos en presencia de dos hechos, la transformación del calor en trabajo y la dirección de esta transformación por la voluntad; lo primero está en vías de llegar á la certeza, el segundo es cierto ya. Admitiendo aún que bajo este punto de vista tengan el mismo valor, que sean igualmente ciertos, igualmente irrefragables, hay un aspecto bajo el cual difieren radicalmente; si la transformación es cosa de matemáticas, la acción de la voluntad no tiene nada que ver con ellas. Reto á todos los matemáticos del mundo que prueben lo contrario. La obra del matemático se resume en fórmulas, es decir, en la expresión de relaciones constantes, y la voluntad tiene por carácter propio la inconstancia, la libertad. Resulta de ahí que la transformación del calor y la acción de la voluntad se refieren á dos órdenes de cosas muy diferentes. Habiendo de un lado la materia con sus leyes brutales, debemos admitir por el otro lado una naturaleza superior, diferente de la materia.

Esta influencia de la voluntad parece contradecir el aserto que la cantidad de la fuerza sería invariable desde el origen del mundo. Tal contradicción no importaría nada si fuese apoyada por los hechos. ¿Pero hay realmente tal contradicción? Bence Jones no lo cree: «Las fuerzas vitales, dice, es decir, las causas de los movimientos vitales no se convierten en fuerzas de otra forma; mas esos movimientos que han permitido la acción de las fuerzas vitales dan nacimiento á diversas formas correlativas del movimiento.» En otros términos, la acción del principio que gobierna el cuerpo vivo no es del orden mecánico; por consiguiente no está sometido á las transformaciones de las fuerzas mecánicas, aunque dirija esas transformaciones en el cuerpo vivo. A. Gould, presidente de la *Asociación americana para el fomento de las ciencias*, participa de esta opinión, pues dice:

«La fuerza puede ser guiada y dirigida, obligada á obrar en tal forma ó en tal otra, sin que para esto se emplee otra fuerza. La fuerza muscular es dirigida por la voluntad, á la que obedece generalmente en su acción vital. Si admitimos que sea igual el gasto de los tejidos y que pueda medirse, ora por los resultados producidos, ora por la composición de esos tejidos, ¿dónde está y cuál es la potencia que suelta ó enfrena esa fuerza, y cuya acción depende de un esfuerzo consciente? Es la voluntad, es decir, algo que dirige y modera la fuerza sin gastarla.»

Salvo mejor parecer, tenemos por exacta esta manera de ver; mas, repetimos, esa potencia directora, cuya acción es palpable, hallándose afuera y por encima de las fuerzas mecánicas, ó sea materiales, no puede ser mecánica ni material.

Observemos de paso que si transformo á mi gusto el calor para determinar el movimiento de mis dedos, ignoro la manera y el lugar de esa transformación; no sé tampoco cómo los músculos de mi mano se contraen ni cómo pongo en acción los nervios que excitan esos músculos. Es una serie de efectos cuya causa soy yo y de los que, sin embargo, no tengo conciencia. La experiencia prueba, pues, que un principio inteligente puede ser la causa inmediata de fenómenos de que no tiene conciencia. Por consiguiente, nada impide al parecer que el alma inteligente ó el alma sensible presida á la evolución inconsciente del cuerpo vivo.

Llegamos ya á esos fenómenos de orden superior, que tienen por carácter distintivo el verificarse á sabiendas del individuo. Será un motivo eterno de asombro el ver que hombres que se decían amigos de la ciencia han intentado confundirlos con los fenómenos mecánicos. Dubois-Reymond, á despecho de sus tendencias materialistas, declara que es imposible demostrar esa identidad. Hé aquí sus palabras:

«¿Qué relación imaginable hay entre ciertos movimientos de ciertas moléculas en mi cerebro por un lado, y por otro lado los hechos primitivos, indefinibles, innegables como éstos: Siento dolor, placer, percibo un sabor dulce, huelo el perfume de la rosa, oigo un sonido de organillo, veo algo rojo, y la certidumbre de la conclusión que se deriva de esto no ménos directamente: «luego soy?» El hecho es que para nosotros es y será absolutamente incomprendible cómo cierto número de átomos de carbono, hidrógeno, nitrógeno, oxígeno, etc., no han de ser indiferentes por la manera cómo se hallan agrupados y cómo se mueven, cómo se agruparán y cómo se moverán. No es dable concebir cómo de su acción combinada puede nacer el pensamiento.»

La opinión del materialista Tyndall sobre este asunto es conocida, pero es bueno recordarla.

«Asociados en ese maravilloso mecanismo del cuerpo animal encontramos fenómenos no ménos ciertos que los de la física; mas no podemos descubrir ninguna conexión entre esos fenómenos y el mecanismo. Un hombre puede decir, v. gr., *soy, pienso, amo*, ¿mas cómo viene la *conciencia* á intervenir en nuestro problema? Creo que todos los grandes pensadores que han estudiado este asunto propenden á admitir la siguiente hipótesis: Todo acto de conciencia corresponde á cierto estado molecular definido del cerebro, existiendo invaria-

blemente esta relacion entre la fisica y la conciencia; de modo que, dado el estado del cerebro, podría deducirse el pensamiento ó sentimiento correspondiente, ó bien, siendo dada la idea ó sentimiento, podría deducirse el estado del cerebro. Pero ¿cómo hacer esta deducción?»

La respuesta de Tyndall viene á significar que la asociacion de los fenómenos de conciencia con un estado molecular del cerebro es un hecho de la naturaleza, pero que nada nos lo explica. Si nuestra inteligencia fuese bastante perfecta para conocer todas las moléculas de nuestro cerebro y todas sus modificaciones, «el abismo que existe entre estas dos clases de fenómenos permanecería sin embargo insalvable.»

Con esto parecerá sin duda raro que Tyndall profese el materialismo y que Dubois-Reymond escriba con respecto á la opinion que confunde la materia y el espíritu: «Esta manera de ver es la más sencilla y el método científico exige que se le dé la preferencia hasta nuevo y más amplio informe.» No se sabrán jamas todas las tinieblas que amontona en un cerebro la contemplacion material del mundo material. El espíritu se embota con sus consideraciones sin profundidad. El fisico ingles y el materialista prusiano no han sabido conocer la incompatibilidad de los dos órdenes de fenómenos; se han contentado con afirmar que nuestro espíritu es demasiado estrecho para comprender el lazo que los une. Este lazo existe tal vez, aunque nosotros no lo percibamos. Esto basta para que nuestros dos sabios se lancen temerariamente en esa hipótesis. Vamos á mostrar que la hipótesis es absurda y por consiguiente indigna de todo espíritu sensato.

Dos pasajes de Claudio Bernard van á servirnos para esta demostracion. El fisiólogo frances escribe: «Las propiedades vitales residen en realidad solamente en las células vivas, todo lo demas es simple arreglo y mecanismo.» Y en otra parte dice: «Cuando la voluntad y la sensibilidad se manifiestan, los nervios se gastan; cuando el pensamiento se verifica, el cerebro se consume, etc. Puede decirse, pues, que la misma materia no sirve dos veces para la vida. Cuando un acto se ha llevado á cabo, la partícula de materia viva que ha servido para producirlo, no existe ya. Si el fenómeno vuelve á parecer, es á beneficio y por el concurso de una materia nueva. El desgaste molecular es siempre proporcional á la intensidad de las manifestaciones vitales. Podemos considerar como axioma fisiológico la siguiente proposicion: *Toda manifestacion de un fenómeno en el sér vivo está necesariamente ligada á una destruccion orgánica.*»

¡Magnífico! la vida reside realmente en las células que cuentan por miles de miles; está dividida en fracciones innumerables; en segundo lugar la vida

no se manifiesta sino por la destruccion de ciertas células, y siguiendo la medida de esta destruccion, de modo que la vida es esencialmente sucesiva y que toda manifestacion de vida es una destruccion de vida. Los hechos establecidos por la ciencia y la autoridad del célebre fisiólogo nos dan el derecho de aceptar los dos con plena confianza.

Mas al lado de la fisiología y lo que enseña hay otro profesor más autorizado, porque más infalible, la *conciencia* de todos los hombres. Considerando la vida, no ya en su base material como hacen los fisiólogos, sino en sí misma en su principio, la conciencia descubre en ella dos caracteres enteramente opuestos á los que acaban de enseñarnos, á saber, la simplicidad y la existencia indivisa. Todo sér dotado de conciencia dice *yo*, y el que dice *yo* designa con este término algo soberanamente vivo, algo indivisible, algo que no es otra cosa por encontrarse en las células del cerebro, y otra cosa por hallarse en las células de los ojos, manos y demas órganos. No hay en nosotros tantos *yo* como células, no hay millones, no hay siquiera dos, no hay más que uno. Por otra parte, este *yo* no se fracciona en la duracion de los tiempos como el delgado chorrito de agua que cae á gotas de la cumbre de una peña; permanece siempre idéntico consigo mismo, no aumenta, no disminuye; en la infancia, en la edad madura, en la salud más exuberante, en estado de consuncion orgánica, conservan los miembros su integridad. Atrofiese ó ampútese uno ú otro, el *yo* no sufre ninguna alteracion, nada lo abulta, nada lo enflaquece. El temperamento, los gustos, los hábitos, todo cambia; el *yo* solo no cambia, persiste en una existencia siempre idéntica. Por un raro abuso de lenguaje, los fisiólogos pueden decir que esta verdad no es científica, mas no deja de ser una verdad inquebrantable, en cuyo favor todos los fisiólogos testifican, quieran ó no quieran, por el solo hecho de hablar. Las moléculas de su cerebro desaparecen á medida que las palabras caen de su boca. ¿Cómo, pues, agárranse las ideas á las ideas, si no hay nada estable que sea su asiento, si las moléculas que perecen lo son todo? Un pintor conseguiría de la misma manera pintar en la superficie de un torrente.

Si ahora comparamos los dos órdenes de fenómenos de que hablan Tyndall y Dubois-Reymond, llegamos á la siguiente conclusion rigurosa despues de lo que acabamos de decir. Los fenómenos fisiológicos tienen por carácter el fraccionarse al infinito en el espacio y en el tiempo; los fenómenos de conciencia, al contrario, descansan sobre un fondo que excluye absolutamente toda division, en sí mismo como en la duracion. *Division é indivision* son dos términos absolutamente contradictorios, sin que esto dependa de los límites de nuestro entendimiento. Tan fácil sería impedir que dos y dos fuesen cuatro, como reducir

á identidad la *division* y la *indivision*. Pretender lo contrario es renunciar á la razon, es renunciar á todo derecho de discusion. Por consiguiente, es certísimo que los fenómenos fisiológicos y los fenómenos de conciencia descansan sobre una base esencialmente diferente. Los fisiólogos dan á los primeros la materia por base, luego los otros han de tener por base algo distinto de la materia y de sus leyes y este algo se llama *alma ó espíritu*. Séanos permitido insistir en esta verdad importante.

Esas células que se consumen obrando, muestran con la evidencia más clara que no pueden ser el principio de los fenómenos de conciencia. Nada más fácil que demostrarlo. Tomemos uno de esos fenómenos, v. gr., la certidumbre en este caso particular y creemos universal, estoy cierto que dos y dos son cuatro. Aquí observamos dos cosas: por parte del sujeto, una adhesión firme y constante; por parte del objeto, una necesidad absoluta; no puede ser de otra manera bajo ninguna hipótesis. Ahora hagan Vds. cuadrar estas condiciones de sujeto y objeto con un cerebro que se funde perpetuamente. La adhesión firme y constante ha de hundirse con las células que se desvanecen por debajo de ella; la necesidad de la verdad eterna que dos y dos hacen cuatro, puede aún menos apoyarse en un terreno tan deleznable. Mas entónces ¿dónde ha de residir? ¿En los espacios, en las moléculas del éter, mil veces más movidas que las del cerebro? ¿Hay que atribuirles la existencia en sí? Los dos supuestos son igualmente ridículos é insostenibles. A fe, se ha de ser muy ciego para dejar de ver que la materia sin el espíritu no es más que un tejido de absurdos.

Tomemos otro ejemplo. Es un principio mecánico perfectamente establecido por la ciencia que el movimiento recibido es perfectamente igual al movimiento comunicado. Por otra parte no es ménos cierto que el conocimiento aumenta á cada instante en la misma cabeza. Si todo es movimiento, como piensan los monistas, se sigue que esos conocimientos cada día crecientes no son más que movimientos que cada día se acumulan en el cerebro. Esos movimientos son ó calor ó movimiento mecánico. En este último no hay que pensar so pena de admitir en el cerebro rotaciones ó vibraciones vertiginosas. En cuanto al calor, solo podría ser latente, porque el sabio no tiene el cerebro más caliente que el bobo. Mas sería loco el que se imaginara que el calor latente de sus moléculas cerebrales aumenta en proporción de los conocimientos nuevos que adquiere, que por los procedimientos ordinarios de la física ó de la química, por la combustion se desprendería de los sesos de un anciano una cantidad de calórico mucho más grande que de la de un niño. ¡Qué ridícula es la ciencia cuando no es sabia!

En rigor puede sostenerse con alguna verisimilitud que los fenómenos fisiológicos son puro efecto de las leyes físico-químicas; la opinión contraria no es de evidencia absoluta, lo confesamos sin reparo; pero cuanto más se adelanta en el conocimiento de las leyes de la materia, tanto más se hace manifiesto que no tienen aplicación á los fenómenos de la conciencia. El espacio nos falta para una demostración más amplia. Solo recordaremos que ni la *conciencia*, que reúne todos los fenómenos psicológicos en un solo y mismo sujeto; ni la *memoria*, que coge en un mismo centro todos los fenómenos transcurridos desde el origen de la vida; ni el *raciocinio*, que se hace cargo de la conexión de varios juicios sucesivos; ni la *razon*, cuyo campo infinito no se extiende solamente más allá de las moléculas del cerebro, sino las moléculas del universo entero; ni lo *bello*, ni lo *bueno*, ni lo *justo*, ni lo *moral*, ni el *derecho*, ni el *deber*, ni el *mérito*, ni la *dicha*, ni la *gloria*, ni alguna de esas ideas que aseguran al hombre su preeminencia y que tienen por carácter la inmutabilidad misma de la verdad, pueden considerarse, sin ultraje para el sentido comun, como maneras de ser de un agrupamiento perpetuamente variable de algunas moléculas, condenadas á gastarse ó fundirse á medida que el fenómeno se produce, como una bola de nieve bajo la impresión de un hierro candente.

Lo ménos no contiene lo más, ni lo variable lo constante, ni la noche el día. O hay que negar los fenómenos psicológicos, ó convenir en que dependen de un principio infinitamente superior á la materia, ó consentir en ser tenido por despreciador de la razon. Podemos citar aquí las palabras de M. Gavarret: «Es evidente que el buscar en las ciencias físico-químicas la explicación completa del juego de todas las funciones del organismo es una tentativa insensata.»

Los monistas no se contentan con declarar la guerra al alma, quieren sostenerla contra Dios. La hostilidad, desgraciadamente harto real, no es siempre muy visible á los ojos de los que no conocen su táctica, á veces se oculta tras frases de aspecto inocente. «La espontaneidad que el sér vivo parece oponer á la ley general que lo gobierna todo, desaparece por doquiera ha penetrado la investigación hasta ahora.» *Espontaneidad* es una palabra discreta para designar los agentes superiores á las fuerzas físicas, y sobre todo el agente supremo.

Kühne, al escribir la frase citada, indica la última esperanza de toda la secta, que llegará un día en que la ciencia, habiendo llevado sus investigaciones á todos los recodos del universo, declarará definitivamente que Dios no existe. Para Huxley este gran acontecimiento no ofrece sombra de duda. «Tan seguramente, dice, como lo porvenir nace de lo pasado y de lo presente, la fisiología venidera extenderá gradualmente el reino de la materia y de la ley,